

## FRANCO ANTE LA HISTORIA

La primera sensación que produce la monumental obra que el historiador británico Paul Preston ha consagrado a la figura del general Franco<sup>1</sup>, es la de cierto sentimiento de vergüenza o culpabilidad porque haya tenido que ser un hispanista extranjero y no un español quien haya afrontado la responsabilidad de situar a Franco ante la historia. No es que antes de Preston ningún historiador español hubiera abordado un estudio biográfico de Franco puesto que, en la actualidad, deben de aproximarse al medio centenar las biografías consagradas a su figura, sino que rondando ya los 20 años de haberse producido «el hecho sucesorio», delicioso eufemismo con el que los arúspices del franquismo se referían al óbito del «general superlativo» (le tomo prestada la expresión a Francisco Tomás y Valiente<sup>2</sup>), los españoles carecíamos de un estudio en profundidad, realmente exhaustivo, de personaje tan determinante durante casi medio siglo para las vidas de los españoles.

Ahora ya lo tenemos gracias al Director del Departamento de Historia Internacional de la famosa *The London School of Economics and Political Science* que, tras largos años de intensa dedicación al tema, ha colmado con creces las expectativas que su empeño había despertado. Tras la excelente acogida que la edición británica<sup>3</sup> suscitó en la crítica especializada, la obra ha concitado una

---

<sup>1</sup> Paul PRESTON, *Franco «Caudillo de España»*. Eds. Grijalbo. Barcelona, 1994, 1.043 pp.

<sup>2</sup> Francisco TOMÁS Y VALIENTE, «Las faltas del general superlativo». *Historia Contemporánea*, n.º 9 «La Nueva Historia Política». Universidad del País Vasco. Bilbao, 1993 pp.19-23.

<sup>3</sup> Paul PRESTON *Franco, a biography*. Harper-Collins. London, 1993, 1.002 pp.

rara —por infrecuente— unanimidad entre nosotros haciendo la salvedad del significativo silencio dispensado (por parte de los sectores más inequívocamente pro-franquistas de la sociedad española y sus oráculos más conspicuos) a tan monumental biografía.

Antes de Preston, media España había tenido la oportunidad de deleitarse con el sugestivo libro del ya desgraciadamente desaparecido Luciano Rincón, alias «Luis Ramírez»<sup>4</sup>, como la otra media había podido hacer lo propio entre una miríada de obras de las que resultaría difícil destacar alguna en particular, si acaso la de Luis de Galinsoga y Francisco Franco Salgado-Araujo<sup>5</sup>, sin que esto signifique en absoluto hacer comparaciones que no serían ya exte mas sino falsas.

Puestos a señalar algún antecedente con «dignidad historiográfica» (no me refiero a estudios monográficos sobre el régimen o aspectos parciales del mismo que multiplicarían *ad infinitum* esta relación sino a obras sistemáticas centradas en el estudio del personaje) señalaría, con independencia de la valoración personal que de las mismas pudiera hacerse, las de Carlos Fernández Santander<sup>6</sup> y Juan Pablo Fusi<sup>7</sup>, pues el mucho papel que Ricardo de la Cierva ha dedicado a su caudillo, a mi juicio, cabe encuadrarlo más en el género de la historieta o la hagiografía que en el estricto y riguroso de la Historia.<sup>8</sup>

Preston arranca de una serie de pertinentes interrogantes respecto a su biografiado (p. 14) que podemos expresar así: ¿Cómo llegó a ser el general más jo-

<sup>4</sup> LUIS RAMÍREZ, *Francisco Franco. Historia de un mesianismo*. Eds. Ruedo Ibérico. París, 1964, posteriormente corregido y aumentado en *Francisco Franco. La obsesión de ser. La obsesión de poder*. Eds. Ruedo Ibérico. París, 1976.

<sup>5</sup> LUIS DE GALINSOGA con la colaboración del Teniente General FRANCO SALGADO, *Centinela de Occidente. (Semblanza biográfica de Francisco Franco)*. Ed. A.H.R. Barcelona, 1956.

<sup>6</sup> CARLOS FERNÁNDEZ, *El general Franco*. Ed. Argos Vergara. Barcelona, 1983.

<sup>7</sup> JUAN PABLO FUSI, *Francisco. Autoritarismo y poder personal*. (Prólogo de Edward Malefakis). Eds. *El País*. Madrid, 1985.

<sup>8</sup> RICARDO DE LA CIERVA (Dtor.) *Francisco Franco. Un siglo de España*. Ed. Nacional. Madrid, 1972-1973 (fascículos), posteriormente corregida y aumentada en *Francisco Franco. Biografía crítica*. Ed. Planeta. Barcelona, 1982-1983 (fascículos). La pretensión del subtítulo (biografía «crítica») es una mera añagaza comercial para captar nuevos lectores de buena fe, una vez asentada la transición política a la democracia y ante la victoria electoral del PSOE cuando los españoles, salvo una irrelevante minoría fanática, habían optado por la reconciliación y la renuncia a revisar biografías (me refiero a la del biógrafo no a la del biografiado) poco ejemplarizantes. Nulo esfuerzo «crítico» cabía esperar de quien, le había dicho al Marqués de la Florida, Presidente de la Hermandad de Alféreces Provisionales, en carta del 11 de junio de 1974, que tal y como le había prometido personalmente al «Caudillo», después de su muerte, él sería «el testamentario de su defensa» (Cit. por ROSA MONTERO, en *El País semanal*, n.º 148. Madrid, 10 de febrero de 1980, p. 13). El infatigable francófilo (de nuevo incorporado a la propaganda y la hagiografía franquista tras su fracasado intento de pasar por un profesional de la historia) aún ofreció a su público, en cómodos plazos semanales, una «nueva» biografía, bajo su dirección y coordinación, con la colaboración de la Redacción del dominical del diario ABC y numerosos «expertos» *Vida de Franco*. Prensa Española. Madrid, 1985-1986 (¡naturalmente en fascículos!).

ven de Europa desde Napoleón o consiguió ganar la Guerra Civil si fue un pésimo estratega?<sup>9</sup> ¿Cómo pudo sobrevivir políticamente a sus correligionarios fascistas tras la II Guerra Mundial o pudo presidir el período de crecimiento económico más sostenido que ha conocido España si desconocía lo más elemental de la ciencia económica y era intelectualmente mediocre? Las aparentes contradicciones que se derivan de este planteamiento clave son las que Preston se dedica a resolver a lo largo de las casi mil páginas de apretado texto que nos ofrece.

Franco fue un «soldado valiente y de *capacidad* [subrayado mío] extraordinaria», dice Preston, «táctica», añadiría yo. Algo que, por lo general le han venido negando sus críticos más obtusos y que resulta difícil no reconocer hoy. Pero, obviamente, no es lo mismo ser un buen táctico, lo que basta y sobra para ser un oficial capaz y competente y, otra cosa muy distinta es ser un buen estratega, cualidad que suele asociarse a los mandos del Ejército, especialmente generales en campaña o Jefes de Estado Mayor. Franco fue «un militar profesional calculador y ambicioso» primero, y Preston así lo demuestra, y un «competente jefe en la guerra» después, lo que desde mi punto de vista exige alguna matización.

Si la «competencia» viene *determinada* por la «eficacia» (obtener los mejores resultados con los medios disponibles), Franco *no* fue eficaz *militarmente* hablando: rápida consecución del objetivo (la victoria) con la máxima economía de medios. La guerra se prolongó durante tres años y a costa de un gran desgaste material y humano. Sin embargo, *sí* que mostró «eficiencia» (obtener los mejores resultados con medios limitados) *políticamente* hablando: la conquista del poder absoluto a costa de sus posibles o potenciales competidores, que o bien se le fueron muriendo por el camino<sup>10</sup>, o bien él se encargó personalmente de neutralizar, caso de Hedilla<sup>11</sup> o del mismísimo José Antonio Primo de Rivera<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> Naturalmente nos referimos a la primera acepción que la Real Academia de la Lengua ofrece de «estrategia» como arte de dirigir las operaciones *militares*, y no a la segunda como arte o traza para dirigir un *asunto* que, referido a la política y a la significación etimológica del término griego στρατηγός, aludía a las especiales dotes para la política de un líder nato. Si, de acuerdo con Maquiavelo, estas se ponen de manifiesto en la capacidad de conquistar y conservar el poder con independencia de los métodos utilizados para ello, habrá que conceder la sorprendente eficacia del general Franco al respecto y, por consiguiente, su merecida calificación de «strategós» superlativo al conseguir mantenerse en el poder 39 años.

<sup>10</sup> Véase al respecto la obra de Federico BRAVO MORATA, *Franco y los muertos providenciales*. Ed.Fenicia. Madrid, 1979.

<sup>11</sup> En relación con este tema, véase la obra de encargo de Maximiano GARCÍA VENERO *La Falange en la guerra de España: La unificación y Hedilla*. Eds. Ruedo Ibérico. París, 1967, cuyo resultado no satisfizo las pretensiones de su auspiciador Manuel Hedilla quien, a su vez, ofreció su propia versión *Testimonio de Manuel Hedilla*. Ed. Acervo. Barcelona, 1977.

<sup>12</sup> Parece claro que Franco no asumió sino que más bien obstaculizó los intentos por rescatar al líder falangista de la cárcel de Alicante donde se encontraba recluso desde la primavera de 1936. Véase Angel VIÑAS *Berlín: ¡salvad a José Antonio!*(1) *Historia 16*, n.º 1. Madrid. Mayo, 1976, pp.41-56 y *Berlín: ¡salvad a José Antonio!*(2). *Intentos torpedeados. Historia 16*, n.º 2. Madrid. Junio, 1976, pp.45-55.

En resumen, y por paradójico que pueda parecer, el hecho de resultar vencedor absoluto en la guerra, si se juzga únicamente por el resultado final, quizás pueda obligar(?) a concederle la facultad de la eficacia militar pero, los hechos (y son muchos y obstinados), impiden reconocerle como estratega de fuste y, en consecuencia, como brillante caudillo militar. Si hemos de juzgarle por lo que Preston, y con él la mayoría de estudiosos no cegados por la cerrazón ideológica, considera su móvil esencial: la conquista del poder, su ejercicio en régimen de monopolio exclusivo y excluyente y su conservación a cualquier precio, el juicio parece obvio. Franco sería así un indiscutible Maquiavelo político pero, desde luego, no un estadista, ni un caudillo —salvo para sus más fervientes admiradores—, condición íntimamente ligada a la capacidad de unión y agregación y no a la de dividir y enfrentar como ha sido el caso<sup>13</sup>.

Preston lo resume, concluyendo, perfectamente:

«Los logros alcanzados por Franco no eran los de un gran benefactor nacional sino los de un hábil manipulador del poder que siempre atendió a sus propios intereses. Como escribió Salvador de Madariaga: «El más alto interés de Franco es Franco. El más alto interés de De Gaulle es Francia».<sup>14</sup>

Acertado juicio que cuestiona en sus mismos fundamentos otro de los mitos franquistas más persistentes: su indiscutible(?) y ferviente patriotismo. Franco se identificó con España, lo cual no confirma el mito, sino que denota una clara manifestación paranoica<sup>15</sup>.

Las páginas de Preston, en este sentido, son igualmente iluminadoras y particularmente contundentes los capítulos 14-16 (pp. 429-532) para desmontar otro mito, «el más inasequible al desaliento», de todos ellos, puesto que ha obrado la particular maravilla de ser aceptado incluso por buen número de convencidos antifranquistas. Me refiero, claro está, a la «esclarecida visión» de Franco al oponerse decididamente a la intervención de España en la Segunda Guerra Mundial. Que la realidad fue la contraria y Hitler no le tomó en consideración, hace tiempo

<sup>13</sup> Sobre esta cuestión cfr. Alberto REIG TAPIA, «Francisco Franco: un "Caudillismo" frustrado». *Revista de política comparada*, n.º 9. U.I.M.P. Verano, 1982 pp. 187-220.

<sup>14</sup> *Opus cit.* p. 970.

<sup>15</sup> Como tal afirmación pudiera considerarse agresiva y no faltará quién tome la adscripción de personalidad paranoica al general Franco como una ofensa o comentario *ad hominem* no admisible en un historiador o simple comentarista, no será superfluo recordar, sin necesidad de ser un experto en la materia, que la *paranoia* no es otra cosa que: «Perturbación mental fijada en una idea o en un orden de ideas». (*Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española. Madrid, 1992) y, más específicamente: «Delirio interpretativo que evoluciona de forma progresiva, con una lógica aparente perfecta y sin deterioro intelectual». Los rasgos esenciales de la *personalidad paranoica* son: 1.º hipervaloración del «ego»; 2.º desconfianza, con exagerada susceptibilidad; 3.º perversión de los juicios, y 4.º inadaptación social». (*Gran Enciclopedia Larousse*. Ed. Planeta. Barcelona, 1980, tomo 8. pp. 139-140).

que está historiográficamente establecido de forma contundente<sup>16</sup>, pero el brillante análisis de Preston, y la masa documental que maneja procedente de archivos británicos, alemanes, norteamericanos, italianos, portugueses y españoles lo hace aún más terminante. No obstante, de seguro, que el mito persistirá aún por mucho tiempo pues, la propaganda franquista desplegada fue en esta cuestión particularmente eficaz durante todo el franquismo haciendo suya la implacable lógica del nazi Joseph Goebbels, el gran creador de la moderna propaganda de masas, que afirmaba que la más absurda mentira a base de ser sistemáticamente repetida acaba finalmente por ser tomada como una verdad indiscutible.

Juicio (el de que Franco no mirara más que por sí mismo), por otra parte, plenamente coincidente con uno de los más fervientes y leales servidores de Franco: Francisco Franco Salgado-Araujo, acción por la cual la Historia de España le debe un impagable servicio y le será eternamente deudora<sup>17</sup>. Tras rendir en vida

---

<sup>16</sup> Antonio MARQUINA, bajo el título general de *Franco quiso participar en la Segunda Guerra Mundial*, publicó una serie de artículos profundamente esclarecedores sobre esta cuestión: 1. *Hitler consideró innecesaria en 1940 la entrada en el conflicto europeo* (*El País*, Madrid, 19 de noviembre de 1978 pp. 8-9) 2. *Hitler y Mussolini deciden, antes de la entrevista de Hendaya, la no beligerancia de España* (*El País*, 21 de noviembre de 1978 p. 6) y 3. *Para Hitler, la entrevista de Hendaya fue una trata de ganado de segunda categoría* (*El País*, 22 de noviembre de 1978 p. 7). Ramón Serrano Suñer, tan directamente implicado, le contestó en una serie de tres artículos (*El País*, 26, 28 y 29 de noviembre de 1978) que, a su vez, fueron contestados por A. Marquina, *Más datos sobre las difíciles relaciones entre Franco y Hitler en 1940* (*El País*, 15 de diciembre de 1978 p. 7). Ramón Serrano Suñer contrarreplicó (*El País*, 23 de diciembre de 1978) sin encontrar ya respuesta. Está claro que Franco y Serrano querían entrar en la guerra para sentarse junto a los que suponían serían vencedores para participar en el botín. En una carta a Serrano, Franco decía: «como verás hay acuerdo completo entre el Führer y nosotros». En otra carta posterior le indicaba: «corresponde asegurarse para una guerra larga» y que la alianza con las potencias «no tiene duda». La posición «española» era clara (aunque se mantuvo obviamente en secreto) tal y como Serrano Suñer se la planteó a Von Ribbentrop, cuyo punto primero no podía ser más explícito: «Decisión española de entrar en la guerra de inmediato». En definitiva, «la pérdida de la neutralidad se consumaba sin ninguna contrapartida real». (Antonio MARQUINA BARRIO, *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986*. Eds. Ejército. Madrid, 1986 pp. 33-41). Con lo que, lejos de haber resistido heroicamente las presiones de Hitler, Franco y Serrano, en realidad, fueron humillados por el entonces amo de Europa.

<sup>17</sup> El fiel y leal «Pacón» (carriñoso apelativo con el que el círculo íntimo de Franco le calificaba para distinguirlo de «Paquito») publicó un libro imprescindible para acercarse a la figura de Franco. Me refiero a *Mis conversaciones privadas con Franco*. Ed. Planeta. Barcelona, 1976, auténtico torpedo en la línea de flotación de la imagen del generalísimo que con tanto mimo habían construido sus servicios propagandísticos. Publicado tras la desaparición de ambos por expresa voluntad de su autor parece una obra editada bajo los auspicios de la internacional judeo-masónico-marxista-antifranquista: el autor, desde una enternecedora ingenuidad (el servicio a la Patria —y a la verdad— está por encima de cualquier otra consideración), nos desvela toda la miseria moral y asfixiante mediocridad intelectual de su, sin embargo, admirado caudillo. Sus limitadas luces, o privados intereses, le impidieron comprender la radical incompatibilidad de servir a Franco y a España al mismo tiempo.

fidélisima lealtad a su primo-sobrino, y sin ser plenamente consciente de ello, rindió su no menos fiel testimonio acerca de los años que vivió junto a Franco<sup>18</sup>.

Paul Preston, con su exhaustivo estudio de Franco, establece la biografía histórica de un personaje que ya está, ciertamente, «ante la Historia» gracias al esfuerzo conjunto de numerosos especialistas pero, fundamentalmente, gracias al suyo. Porque había que tener un temple especial para sumergirse como él lo ha hecho durante tanto tiempo en un estudio de semejante envergadura sin caer en el desánimo o en el aburrimiento. Especial mérito suyo es atraparnos desde el principio en su lectura con un estilo agil y ameno imprescindible para no desfallecer ante el volúmen de páginas de apretado texto que nos ofrece.

Con esta obra, el historiador británico, viene a sumarse a un género nada cultivado entre nosotros —aunque sí en el ámbito cultural anglosajón— excepción hecha de los recientes estudios sobre Azaña<sup>19</sup>, Lerroux<sup>20</sup>, Carrero Blanco<sup>21</sup> o Maura<sup>22</sup>. Preston nos demuestra que no es axiomático el supuestamente necesario «enamoramiento» del sujeto para hacer una gran biografía, y más tratándose de un personaje poco atractivo. No hay en Preston «síndrome de Estocolmo» alguno y demuestra cumplidamente que los juicios de valor no son tales —o son perfectamente legítimos— cuando se sustentan sobre un impresionante aporte documental y bibliográfico. Definir a Franco como «cruel», no es un juicio de valor o un comentario innecesario o superfluo, sino escribir con precisión gramatical, puesto que es adjetivo que califica con absoluta precisión al sustantivo y viene abrumadoramente corroborado por el propio texto.

El libro de Preston es sobre todo una biografía política, es decir, centrada en la obsesiva voluntad de poder que caracterizó al general Franco durante toda su vida desde el momento que vio abiertas sus posibilidades. En este sentido, las conocidas afirmaciones de Cabanellas, que Preston no podía dejar de citar, no pueden ser más elocuentes:

«Ustedes no saben lo que han hecho, porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el Ejército de Africa como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando; y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la Guerra ni después de ella, hasta su muerte».<sup>23</sup>

<sup>18</sup> El fiel edecán del caudillo es autor de otro libro de indudable interés para reconstruir los primeros momentos de la rebelión de su jefe. Véase FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO *Mi vida junto a Franco*. Ed. Planeta. Barcelona, 1977.

<sup>19</sup> Santos JULIA, *Manuel Azaña, una biografía política*. Del Ateneo al Palacio Nacional. Alianza Ed. Madrid, 1990.

<sup>20</sup> José ALVAREZ JUNCO, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Alianza Ed. Madrid, 1990.

<sup>21</sup> Javier TUSELL con la colaboración de Genoveva García Queipo de Llano, *Carrero: la eminencia gris del régimen de Franco*. Temas de hoy. Madrid, 1993.

<sup>22</sup> Javier TUSELL, *Antonio Maura. Biografía política*. Alianza Ed. Madrid, 1994.

<sup>23</sup> *Opus cit.* p. 235.

La obra de Preston es una decisiva aportación a la historiografía de la España contemporánea escrita con pasión y objetividad cualidades en absoluto incompatibles como suele pretenderse desde ciertos sectores que todavía confunden objetividad con imparcialidad. Preston es objetivo, pero no es imparcial. ¿Acaso se puede ser imparcial con un dictador? Preston no sólo no niega los escasos méritos y cualidades de Franco sino que se esfuerza en encontrarlos a diferencia de los panegiristas más obtusos del general que llegan hasta el extremo de negar que fuera un dictador.<sup>24</sup>

La fácil pluma de Preston, cualidad verdaderamente digna de agradecer, nos conduce con amenidad a través de nuestra historia más inmediata sin cansarnos ni agotarnos. Preston nos ofrece, además, un variado y conseguido retrato de personajes ilustres del franquismo sin los cuales no podríamos comprender cabalmente lo que el régimen del general ha supuesto para los españoles, y lo hace combinando con sagacidad información y opinión.

Con todo, a mi juicio, la cualidad más relevante del estudio de Preston es la de demoler contundentemente, uno a uno, los mitos más persistentes y contumaces del franquismo que su propaganda de guerra se encargó de infundir hasta el delirio en las indefensas mentes infantiles.<sup>25</sup>

Lo realmente paradójico, políticamente nada inquietante pero ideológica y culturalmente deprimente, es la persistencia en el tiempo del arraigo del «mito Franco» en tantos ciudadanos de la España democrática actual. Confíemos en la sabia máxima de Manuel Azaña: «La escritura: lucha de la inteligencia contra el tiempo», y esa es la auténtica y definitiva victoria sobre Franco.

Alberto Reig Tapia

TORTELLA, Gabriel. *El desarrollo económico de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Universidad Textos, 1994, 429 pp. con cronología e índice alfabético.

En términos relativos con la situación existente en otros países, en especial los anglosajones, los historiadores económicos españoles hemos venido dedicando una escasa atención a la elaboración de textos para cubrir las necesidades docentes de la disciplina y a divulgar entre un público amplio el resultado de nuestro trabajo. A pesar de la importancia de la economía para la comprensión rigurosa del pasado; de la historia económica para entender el presente y de los

---

<sup>24</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, «¿Franco, Dictador?», en *Fundación Nacional Francisco Franco «El legado de Franco»*. Azor. Madrid, 1993, pp. 165-182.

<sup>25</sup> Véase al respecto el delicioso libro de Andrés SOPEÑA MONSALVE, *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*. (Prólogo de Gregorio Cámara Villar) Crítica. Barcelona, 1994.